didad del amor pontificio? ¡Amor! ¿es amor llevar al matadero una gran parte de Europa? el amor ¿no es la paz?

Aclararé primero esta idea: el amor es la paz.

El amor es la paz, pero á veces la paz se compra con la guerra: JESUCRISTO, el pacificador del mundo, exigió á sus discípulos que estuvieran prontos á dar la vida. «El que la ama la pierde,» esta es su máxima: la paz no es la guerra, pero la guerra es á veces el camino de la paz. *Sanctificate bellum.* La santidad de la guerra es que sea consagrada á la justicia.

Además, la paz es imposible al hombre de buena voluntad mientras ve conculcados los derechos de Dios, los de sus prójimos y los de su conciencia: ante la abominacion de la Tierra Santa no habia corazon cristiano que estuviera en paz, la agitacion de los espíritus era natural; la fiebre, la sed de vindicar la gloria de Dios ardia en las entrañas de todos los buenos. La guerra existia; el Pontificado no hizo sino declarar que la justicia, que el pueblo, que Dios, en fin, la habian declarado; Urbano II fue el general que despues de haber leido un decreto del rey, dice: *Marchemos: marchemos, Dios lo quiere.*

Pero se instará: si la guerra existia, la sangre no se derramaba: la voz de Urbano II fue la señal de un degüello.

Pienso contestar satisfactoriamente á esto, que los cruzados no aumentaron, sino que economizaron el derramamiento de sangre.

Os he dicho que las multiplicadas guerras intestinas destrozaban la Europa; os he hecho presente que existian luchas lamentables entre pueblo y pueblo, que la sangre corria: el derramamiento de sangre se realizaba, y, lo mas triste aun, de una manera estéril.

Por otra parte, mientras el Occidente se debilitaba con sus luchas, el Oriente se robustecia, con la esperanza de dar expansion á sus instintos de conquista. Los moros habian tomado posesion *longa manu* de toda la tierra, designándola por escabel de la gloria del Profeta: el Profeta tenia ya cautiva la cuna y el sepulcro de JESUCRISTO, le faltaba conquistar su trono y su reino: los ejércitos se aprestaban, solo faltaba la voz: marchemos.

La Providencia permitió que las cosas se combinaron de tal modo que era imposible evitar el choque del mundo oriental con el occidental; los moros y los cristianos habian de batirse, el duelo estaba formulado; la sangre habia de correr, la sociedad cristiana, atada en el altar del fanatismo musulman, tenia pendiente sobre su cuello la cuchilla del Profeta: podia levantarse porque tenia fuerza, porque tenia hierro, porque tenia fuego, porque tenia genio, porque tenia corazon; ¿debia dejarse degollar?

¡Tremenda responsabilidad la del Pontificado en aquellos dias críticos! él era el árbitro de la Europa: la Europa, fija la vista en él, esperaba de él la menor señal para decidirse á morir ó á triunfar.

¿Debia morir sin resistencia? ¿debia luchar victoriosa?

La voz de un Santo decidió la cuestion: el Santo dijo al Papa: «Marchemos;» el Papa dijo á la Europa: «Dios lo quiere;» la Europa contestó al Papa: «El Santo habló por inspiracion de Dios, marche«mos.» El Occidente se puso en marcha.

Los cristianos prefirieron derramar la sangre, que les era preciso derramar, allí donde la derramó JESÚS, á derramarla en su propia casa; y dijeron: «Vamos á morir para que triunfe la libertad cris«tiana.»

Por consiguiente el Pontificado no fue la causa del derramamiento de sangre, no fue la causa de la guerra, fue la causa que de la guerra resultara la paz, que la sangre no se derramara estérilmente, que de la guerra y de la sangre resultara el progreso de la civilizacion.

Cedo aquí la palabra á los *enciclopedistas modernos;* nadie calificará sus juicios de hijos de la preocupacion. Ellos confiesan la fecundidad de la obra maestra de los Papas en la edad media.

«Las Cruzadas, dicen, aceleraron prodigiosamente la descompo«sicion de la sociedad feudal y prepararon la constitucion de una «sociedad mejor; ellas dieron un poderoso impulso á la civilizacion, «fundando la unidad de la Europa, cuanto era posible entonces, «mezclando los pueblos occidentales entre sí primero, y despues los «occidentales con los orientales; ellos retardaron tres siglos y medio «la caida del imperio de Oriente y la invasion de los turcos en Euro«pa. El Occidente evadió el peligro encorazonándose y marchando «antes que el Oriente: invasor fue victorioso, atacado hubiera su«cumbido sin duda: hay épocas en las que los pueblos no son fuer«tes sino mas allá de sus fronteras, y sucede cuando las nacionali«dades flotan todavía en lo incógnito; cuando la centralizacion po«lítica es desconocida, entonces el poder de expansion y agresion es «temible, el poder defensivo cási nulo: tal era el estado de la Euro«pa en el siglo XI, muy diferente del que se halló ya en el siglo XV [1].»

No debo recordaros la fecundidad mercantil, económica y política de la obra pontificia; sin embargo, permitidme que llame vuestra atencion, señores, sobre el hermoso y rico espíritu de caridad que el Pontificado desarrolló en medio de los combates. El Pontificado fecundizó un gérmen de virtudes, á las cuales me tomaré la libertad de llamar: las virtudes de la guerra. La educacion, desarrollo y continuacion de estos fue encargada á las órdenes de caballería y hospitalarias, ideal nuevo que solo el Cristianismo, religion de la fortaleza y de la mansedumbre, de la justicia y de la paz, podia formular.

Al sancionar una de ellas, la de los caballeros *de Santiago en España*, Alejandro III formuló así el carácter fecundo de la Iglesia que presidia:

[1] Enciclopedia moderna, art. *Los cruzados.*

«Bendito es Dios en sus dones, santo en todas sus obras: él fecun-«diza de continuo á su Iglesia dándole nueva prole, y dispone que «nazcan hijos que reemplacen en ella á los padres, y que de gene-«racion en generacion se difunda el conocimiento de su nombre y la «luz de la fe cristiana; para que, como en el firmamento antes de «salir el sol las estrellas unas siguen á otras hácia el ocaso, así en «el órden eclesiástico, las generaciones de los justos se sucedan en «el tiempo, antes que oriente el grande y terrible dia del Señor y que «disipe nuestras tinieblas con el resplandor de verdadero sol. Todo «á fin de que mientras muchos por la astucia del dragon son arroja-«dos á tierra, por la adopcion del Espíritu Santo se reparen las pér-«didas de la Iglesia, levantándose hasta el cielo los deseos de mu-«chos que se dirigian al abismo.»

Pero, prosigamos la historia de la gloriosa fecundidad.

Aun no se habia declarado esta fiebre de hablar de humanitarismo, y la Iglesia católica habia inspirado á centenares de hombres la idea, que vosotros diréis si es heróica, de abandonar la familia y la patria, para ir á quebrar las cadenas del cautivo, y dar la libertad al prisionero, ofreciéndose en rescate por el que habia sufrido. ¿Qué filantropía, hermanos, puede brillar al lado de este humanitarismo en plenitud?

¿Puede concebirse una institucion mas propiamente humanitaria que la de nuestros Trinitarios? Los Trinitarios de Francia desde la fundacion de su Órden hasta al siglo presente rompieron las cadenas á cuarenta mil cautivos; los Trinitarios de las provincias de Inglaterra, Escocia, Irlanda y Portugal dieron libertad á noventa mil; ellos llevaron la libertad á millares de esclavos en la Persia y en la Tartaria. La Palestina saludó tambien á los Trinitarios libertadores; la Alemania veia salir de su seno numerosos vuelos de estas blancas palomas, que llevaban en el pico el olivo de la libertad; y si aquel gérmen de libertad trinitaria se ahogó en Alemania, ¿no es la culpa del protestantismo que levantó el grito de «abajo las institu-«ciones católicas,» para poder establecer mejor su tiranía? De Nápoles y Sicilia salieron tambien frailes libertadores, y cien mil cautivos bendijeron el nombre de España, que mas pródiga que otras naciones en generosidad de sentimientos, fue la madre mas fecunda en dar á luz ángeles de libertad. Novecientos mil esclavos redimidos por una sola Órden católica: ¡qué testimonio puede desearse mas claro de la fecundidad de nuestra Iglesia!

Y no fueron solamente los Trinitarios los que llevaron la emancipacion y la libertad á los cautivos. La Órden mercedaria, inspirada por María en esta ciudad, apoyada y encorazonada por el Pontificado, fue de estos dos grandes tesoros admirable propagandista. Habeis de permitirme que os repita aquí algo de lo que sobre la fundacion de aquella celeste y humanitaria Órden dije la primera vez que tuve la honra de subir á la cátedra evangélica.

Trasladaos, señores, á la España del siglo XIII. Si os gustan historias grandiosas y poéticas á la vez, no os habeis de arrepentir de contemplar atentamente esta figura colosal entre las generaciones, que abandonada de todo auxilio humano va subiendo el monte de la mirra, animada por la esperanza de que en su cima Dios ha de depararle un consuelo.

Concretémonos, señores, á nuestra patria, á esta patria tan bella, reflejo del cielo que la corona y poesía del mar que la baña.

Pasaba por ella una época de calamidad; Dios habia cargado sobre sus espaldas la leña del sacrificio. Probaré su fe, se dijo á sí mismo, y observaré si mi predilecta tiene el valor de morir para mi nombre.

¿Cómo explicaré yo tu llanto, ciudad de Dios?

Jeremías, profeta del dolor, levántate envuelto en tu blanco sudario, é inspírame lo que dirias para explicar aquellas jornadas de luto.

¿Cómo está sentada sola á la orilla del mar la ciudad henchida de pueblo? ¿llorosa como viuda al lado de un féretro la consquistadora del mundo?

¡Acabáronse ya tus festividades...! enlutados están tus caminos, solitarios tus campos, secas tus praderas, solo entreabiertas las puertas de tus muros, y sus centinelas dormidos de pesar. Tus sacerdotes no celebran, gimen, todo es opresion en tí, ciudad de Dios.

Lo pregunto á tus madres. Madres de la nueva Sion, ¿dónde están vuestros hijos? y estas madres me responden entre sollozos:— gimen en las mazmorras de los moros. Yo pregunto á las desconsoladas esposas que lloran en las riberas del mar, por qué lloran y por qué se desesperan, y ellas me contestan:—lloramos y nos desesperamos porque nuestros esposos gimen cautivos en las mazmorras de los moros. Y si pregunto á los sacerdotes para quién dirigen la plegaria que elevan al cielo, alzando á él sus trémulos brazos, me contestarán:— por nuestros infelices hermanos los sacerdotes que gimen en las mazmorras de los moros.

¿Quién aseguraba á las madres que los niños rubios, que jugueteaban sobre sus rodillas, no eran víctimas destinadas ó al horror de una abjuracion ó al terror de un martirio?

Quomodo obtexit caligine in furore suo Dominus filiam Sion?

¿Quieres, Dios mio, que muera todo tu pueblo, con sus niños y sus vírgenes y sus sacerdotes, para que sobre su sepulcro, cerrado con las ruinas de tu templo, Mahoma levante una basílica de crápula?

Barcelona, es ya hora que escuches la voz del Profeta que te dice: *Non des requiem tibi, neque taceat pupilla oculi tui.*

Señores: en el cielo se ha tratado ya de los asuntos de nuestro pueblo. Tenemos en nuestro favor á María. La Ester de nuestro Israel es la que defenderá nuestra causa ante el universo. Nuestros

cautivos serán redimidos; ¿quién redimirá nuestros cautivos? María infundirá el amor necesario para que los poderosos sacrifiquen sus riquezas, y una tribu de sacerdotes sacrifique sus vidas.

Un concierto celestial anuncia al mundo este nuevo acontecimiento, el horizonte de Barcelona sostiene un trono de nubes en el que pasea como reina vencedora la vencedora del Eden. Un rey, un canónigo y un fiel, impregnados del espíritu de caridad, reciben la Princesa de los cielos.

El mundo posee tres Vesubios; sus ardientes chispas inflamarán los mares, enardecerán los desiertos, y llenarán de calor las ciudades.

Es inútil que el mahometismo emprenda nuevas luchas; la idea cristiana dilatada por todo el universo se ha posesionado del género humano. Toda esclavitud es ya un sueño. La materia ha muerto para siempre; si quiere volver á luchar será preciso que se revista de fórmulas espirituales; pero aun tras esta máscara vendrán las órdenes de María y la arrojarán de las convicciones, porque la humanidad cristiana debe ser una humanidad libre.

Gloria, gloria y eterna gloria sea cantada á aquella noche feliz, de la cual estuvo tambien escrito que alumbraria como el dia. *Et nox sicut dies illuminabitur* [1].

Vino luego la Reforma y excitó las pasiones, y las sublevó contra la Iglesia en nombre de los perjuicios que ocasionaba á los pueblos su autoridad. Los protestantes declamaron furiosos contra el Papa, mientras el Papa sancionaba las humanitarias obras de san Juan de la Cruz, de san Vicente de Paul y otras; el Papa á los Hermanos de Bohemia oponia los Hermanos de la Caridad. Y ¡contraste admirable! mientras al grito de «el Papa es impopular, abajo el Papa,» en Inglaterra y Alemania se derribaban las catedrales católicas, la Iglesia católica dotaba otros países de hospitales, orfelinatos, escuelas y refugios. Para confundir el protestantismo, el Pontificado no hizo sino derramar por el mundo las virtudes caritativas de los claustros, manifestar la vida, encerrada en el interior de la civilizacion católica. Envió al lado del que oprime al pobre, del que veja al débil, ángeles del bien que le confundan: enviar al lado del agiotista la mujer fuerte que viene de abrazar al desvalido, de recoger al expósito, de sentar en su regazo al huérfano y darle la comida del amor, el hombre desinteresado, que baja de la buhardilla del infeliz, que carece de lecho, de abrigo y de pan, de modo que, hermanos, examinando á fondo la civilizacion pontificia, deberéis reconocer que su espíritu es el amor.

Pero no lleveis á mal, señores, que no dé aun por completamente sentadas mis afirmaciones, que me detenga algunos momentos mas en probaros la gloriosa fecundidad de la Iglesia en la época moderna. Esta Iglesia, que algunos sueñan todavía declararla estéril, no

[1] Sermon del descenso de la Virgen á Barcelona.

lo dudamos, es la única madre fecunda de nuestros tiempos, es la que ha concebido, y la que ha parido y la que alimenta, ¿qué pensais que voy á deciros? ¿el reino de la verdad en el mundo? ¿el reino de la justicia en la tierra? Estas frases quizá disgustarian á alguno, porque son antiguas; en obsequio al gusto corriente, usaré otro tecnicismo. La Iglesia es la única fecundizadora del espíritu de la perfecta civilizacion que la sociedad invoca hoy. Porque, ¿qué pide hoy la sociedad? dos cosas, yo no sé que pida sino dos: ilustracion y fraternidad.

Pues bien, digo que la Iglesia al empezar la edad contemporánea, fecundizó estos dos deseos, y dió á luz un tipo de realizacion para cada uno.

San Ignacio de Loyola—san Vicente de Paul.

Hé ahí dos hijos de la Iglesia católica que por inspiracion de su divina madre vinieron á dar una evolucion suprema en el método de la enseñanza y en el ejercicio de su amor, presentándose como verdaderos tipos de ilustracion el uno, de fraternidad el otro.

Cuando Lutero enarboló la bandera del libre exámen, acababan de aparecer los Jesuitas, hombres que acreditaron tener por mision atender á esta palabra evangélica: *Docete:* cuando la revolucion, iniciada por el protestantismo, confundida por las definiciones de la autoridad y por la luz del exámen católico, cambió de método y puso empeño en negar al Catolicismo la vida del corazon, como audaz habia sido en negarle la vida de la inteligencia, apareció la generacion de los hijos de la caridad, ó la de una raza de hombres que manifestaron tener por destino realizar el *Diligite* del divino Maestro; es decir, precisamente cuando el Catolicismo se presentó como restaurador de la caridad y de la sabiduría, el Catolicismo presentó las dos escuelas mas perfectas que aparecieron jamás, la una que consigue por la severidad y lógica del método el triunfo de la verdad; la otra que consigue por la fuerza y expansion del sentimiento la propaganda del amor.

¿Quién no ve el resplandor del dedo de Dios en este suceso extraordinario? Mientras se decia, la Iglesia no tiene el vigor de sus primeros dias, ya es una institucion rutinaria, nada produce digno de la Divinidad, produjo, señores, yo no quisiera exagerar, yo os aseguro que la palabra de mis labios no es sino la expresion de lo que está escrito en mi conciencia, reprodujo el espíritu del Apóstol de las gentes, en la persona de san Ignacio, el espíritu del Apóstol del amor, en la persona de san Vicente de Paul.

La Iglesia, en prueba de que no era estéril, parió dos patriarcas que engendraron dos pueblos inmensos, que debian luchar y vencer al protestantismo en todos los campos y con todas las armas; parió un nuevo Pablo, parió un nuevo Juan.

El concilio de Trento quiso dar una brillante manifestacion de aquel espíritu generoso y noble, de aquella caridad y luz inefables,

de aquel fondo inagotable de misericordia, de aquella heróica impavidez y fraternidad santa que caracterizó á los pueblos de los tres primeros siglos; en fin, trazó un plan habida cuenta de las invasiones de los enemigos y la audacia de los siglos: san Ignacio presentó al concilio de Trento—permitidme la vulgaridad de la expresion—el figurin del hombre apostólico tal cual él lo habia concebido y tal cual la época futura lo necesitaba; y los Padres del concilio de Trento al ver al jesuita dijeron en sustancia: *Este es el hombre que necesitamos.*

Guárdeme Dios de pretender ofuscar con esta palabra las glorias de ninguna Órden religiosa: yo trazo la apología de todas trazando la de los Jesuitas: austero como el cenobita; laborioso, investigador, reglamentario como el benedictino; espiritual, místico como el agustino y el carmelita; ergotista, pedagogo, autoritativo, sábio como el dominico; humilde, pobre como el franciscano; redentor como el trinitario y el mercedario; libre como el sacerdote secular, el jesuita mas que un indivíduo es toda la familia monástica: puesto que el siglo XVI atacaba á todas las Órdenes, Ignacio dijo: «Yo las «defenderé todas, y para que sea mas fácil y gloriosa la defensa, á «todas las reuniré en una;» y en efecto las reunió en una, y para que se viera que esta unidad no era un exclusivismo sino una síntesis, le dió un nombre que á todas las abarcara; llamóla: *Compañía de Jesús.*

La obra del nuevo Pablo se posesionó pronto de la tierra, el jesuitismo no tardó en haber erigido en sus extremos templos y escuelas: la luz fue llevada por sus indivíduos al Asia y á la América, á la Europa y al Africa, á la Oceania y á las islas.

Los que frecuentais las bibliotecas, habeis palpado la prodigiosa actividad de la escuela de Ignacio en apologiar, en combatir, en ilustrar, en decidir.

Y Vicente de Paul, el nuevo Juan, recibió la plenitud del espíritu de fraternidad, con cuya asistencia constituyó una familia de hombres y mujeres, que descarnando por completo su naturaleza, apagando el último destello de amor propio en sus corazones, solo aspiraron al sacrificio y á la beneficencia. Dios y los hombres, hé ahí los dos términos de todo deseo, de toda palabra y de toda obra de los hijos de san Vicente de Paul: toda otra division desaparece para ellos: ¿eres hombre? Dios es tu padre: ¿eres hijo de Dios? yo soy tu hermano: ¿qué necesitas, pan? compartiré contigo el mio; ¿asistencia? soy un miembro de tu familia, mis brazos están prontos á sostenerte: ¿mi vida? yo la daré por tí, pues si por tí no la diera, no te amaria hasta no poder amarte mas. ¿Dónde vas, á la guerra? contigo voy: ¿al hospital? allí iré: ¿á ganar el pan con el sudor de tu rostro? te acompañaré para compartir tus fatigas; yo seré el padre de tu familia, el reconciliador de tus rivales, yo me consagro á tu salud, á tu bienestar, á tu familia y á tu gloria.

De modo que nuestra época ha visto dos prodigios incomparables; la verdad de Dios, el Hijo divino, ha constituido para sí una compañía predilecta, *la Compañía de Jesús;* el amor de Dios, espíritu divino, ha constituido una familia, predilecta tambien, familia que creo poder llamar por antonomasia la familia del Espíritu Santo. Por esto la civilizacion pontificia es incompatible con la civilizacion protestante, la cual, partiendo de este principio utilitario: *Lo primero es el yo,* se basa en el interés personal, en la ambicion, y por consiguiente, en el odio. Ved ahí por qué desde que domina el protestantismo, no ha cesado la guerra: guerra á todo, guerra á las leyes, guerra á las doctrinas, guerra á las dinastías, guerra á los tronos, guerra á los altares, guerra al Papa, guerra á Dios. De ahí que yo crea que el símbolo mas propio de la civilizacion protestante *es el cañon rayado,* es decir, *la muerte lanzada á grande alcance.* La civilizacion pontificia es la paz engendrada por la caridad; creo que esta civilizacion tiene su hermoso símbolo en cada uno de vosotros, mis amigos, que vivís en el siglo, pero que infundís al siglo los principios del amor que os comunica la Iglesia; sí, cada uno de vosotros, mis amigos de la Sociedad de san Vicente de Paul, cada uno de vosotros es un resúmen elocuente de la civilizacion pontificia; sois entre los hijos de la paz, lo que el cañon rayado entre los hijos de la guerra.

La Sociedad de san Vicente de Paul revela la fecundidad del amor católico en medio del siglo; revela el verdadero carácter de la civilizacion cristiana, que es vivir en paz con todas las clases, categorías, instituciones y formas sociales; es ella el amor, uno en espíritu, pero múltiple en sus formas y trajes; la Sociedad de san Vicente de Paul demuestra que para practicar el Catolicismo es indiferente pertenecer á esta ó aquella escuela política, que todas las escuelas políticas caben bajo el manto de la caridad; la Sociedad de san Vicente de Paul prueba que el Catolicismo es la beneficencia universal. ¡Ah! y ¿no conviene que esto lo entienda el pueblo, y los que están interesados en que se crea que el Catolicismo es una política y no una religion?

Esta es la causa por que los enemigos del Pontificado se levantan contra la Sociedad de san Vicente de Paul, y pretenden suprimirla, como pretenden suprimir el poder pontificio. Esto es lógico. Los tiranos que vienen diciéndonos que el Papa es un déspota, que la Iglesia es reaccionaria, bárbara, cruel, ¿cómo pueden sufrir el espectáculo de millares de pobres sostenidos por el espíritu de la Iglesia? La vista de estas obras espléndidas de la caridad llena de ternura al corazon mas empedernido: naturalmente se llama madre á la Iglesia que alimenta tantos hijos. Pues bien, los enemigos de la Santa Silla han dicho: Arrebatemos estos hijos de los brazos de la caridad, impidamos á la Iglesia el ejercicio de la beneficencia, y

despues que le habrémos atado las manos y arrebatado los pobres, dirémos: «¿No veis como no ama al pueblo?»

Hermanos, esto es insufrible, yo protesto en vuestro nombre y en el de los pobres, contra las trabas puestas al ejercicio de la caridad; puesto que ningun emperador tiene derecho á cortar las alas á una virtud que no es francesa sino católica, virtud humanitaria, no nacional: virtud libre, de la que san Bernardo dice: *Præceps amor nec judicio præstolatur, nec consilio temperatur, nec pudore frænatur, nec rationi subjicitur.*

Pero, gloria á Dios, así os dais á conocer al pueblo, que no os conocia bien; impedísteis al pobre fuera á la portería del convento á buscar la sopa, y hoy dificultais al rico le lleve la sopa á su buhardilla: pues qué, ¿pretendeis que el pobre se muera de hambre, para tener el gusto de calificar la Iglesia de cruel? Pues yo os digo que no lo conseguiréis. El pobre no se morirá de hambre; el pobre sabrá pronto que no puede vivir sin catolicismo, y con el auxilio del pobre reconquistarémos la bandera que nos habeis arrebatado, y salvarémos la justicia y el amor, la Iglesia y los pobres, en nombre de la libertad que profanais, del derecho que conculcais, del humanitarismo que invocais.

Ó Madre del amor hermoso, salvad la Iglesia, salvad al Papa, salvad al pueblo de las garras de los tiranos: que el mundo comprenda que no hay maternidad sino en el seno de la fe, que á nadie pase desapercibido que la Iglesia, de que eres madre, es el principio de la sana fecundidad, aquella esposa de la que puede decirse lo que de tí san Ambrosio: *Cœpit concordia et mansuetudine populari, esse sublimis et toto circumferri orbe tamquam currus, et equis velocibus supra mundum rapta ascendit ad Christum*[1].

[1] De Isaac, IV.

CONFERENCIA OCTAVA.

Tribulaciones y estabilidad, á pesar de ellas, de las dos inmaculadas.

I. *Principio del dolor y de la contradiccion.*— La igualdad de pureza entre María y la Iglesia produce la igualdad de contradicciones entre ambas. —El amor á la ley, principio de los dolores de María, es el principio de los dolores pontificios.—Lo acontecido en el templo de Jerusalen cuando la presentacion del Hijo de Dios, reprodúcese en el Pontificado. —Por qué Pilatos no quiso saber lo que era la verdad, al paso que no se atrevió á condenar á muerte al Rey de ella.—El poder en sus relaciones con la verdad.—Por qué todo se insubordina contra el Pontificado.—Herodes y la reproduccion de sus cálculos en la historia.—El niño Jesús y el Pontificado salvados de insidias igualmente poderosas.

II. *Senda ó desarrollo del dolor y de la contradiccion.*— La senda recorrida por María fue la calle de amargura; de amargura es la historia pontificia.—Consideraciones generales sobre esta historia amarga. Confirmacion en el Pontificado de esta profecía de Simeon: *Positus est in signum cui contradicetur.*—El Pontificado es la reproduccion de Job.— Algunas consideraciones sobre la fecundidad de la persecucion.

III.—*Resultados del dolor y de la contradiccion.*—Estabilidad del Pontificado.—María fue su heróico símbolo.—Consideraciones inspiradas por esta palabra: *Stabat Mater* aplicada al Pontificado y á María.—Soledad de María y soledad del Pontificado.—Instabilidad de los elementos antipontificios.—Lucha del espíritu de dominacion y el espíritu de licencia para conquistar el imperio de la Iglesia, escrita por el P. Lacordaire.—Consideraciones deducidas del anterior cuadro.— Actitud del protomártir del Cristianismo conservada por el Pontificado.—Belleza de la Iglesia coronada de espinas.

Hermanos: El asunto de hoy versa sobre las contradicciones y la inmutabilidad al través de ellas de la Vírgen santísima, considerada tambien en paralelo con la inmutabilidad del Pontificado al través de las suyas.

Comprendeis, pues, cuánto debe agobiarme la profusion de ideas en el presente dia.

Tú las ordenarás, santa Vírgen, tú me inspirarás las palabras con que debo expresarlas. Oye en el ínterin, Señora, nuestro saludo: *Ave María.*